

## Peregrina

- ¿Motivo de la peregrinación?

Me quedé atónita. Después de más de ochocientos kilómetros y mes y medio fuera de mi casa, el Camino me sometía a una última prueba. Me sentí como una niña pillada en falta y me recliné a mí misma no haber preparado una respuesta. Era obvio que, en la Oficina del Peregrino, al ir a recoger la Compostela, me preguntarían cuál había sido el motivo para caminar durante cuarenta días, hiciera sol o lloviera, para subir cuestas, recorrer llanuras y visitar ermitas o farmacias, según el día.

La chica de la recepción de la Oficina del Peregrino me miraba paciente, con una sonrisa en los labios. Se notaba que estaba acostumbrada a que los peregrinos meditaran la respuesta. Yo también dudé. Podría haber respondido cualquier cosa, por salir del paso, pero después de tantos amaneceres sola, con mi mochila y mis botas, no me apetecía mentir. El Camino y yo misma nos merecíamos un respeto. Quería ser sincera, pero no encontraba una respuesta que me satisficiera.

¿Por qué había hecho la peregrinación? Un cúmulo de recuerdos, de sensaciones, de experiencias empezaron a aflorar desde lo más profundo de mi memoria. Podría decir que brotaban desde mis tripas, desde mis huesos, desde lo más íntimo de mí. Por primera vez, empecé a tomar conciencia de cómo el Camino había penetrado en mi ser y cambiado mi visión del mundo. Miré a la chica que esperaba con una sonrisa y me di cuenta de que no era capaz de recordar el nombre de todos los pueblos, las fuentes o los albergues. En mi imaginario, desaparecían los detalles, pero emergía el Camino como una experiencia unitaria, como una marca indeleble que trascendía el conjunto de las jornadas.

La chica me miraba expectante y yo no sabía qué decir. De pronto, como la luz de un faro en mitad de las tinieblas, empezaron a asomar trazas de un recuerdo, de un instante fugaz que daba sentido a mes y medio de singladura,

pero antes me vi a mí misma, muchos meses atrás, mucho antes de que el Camino formara parte de mis planes de futuro.

Mi vida era la vida normal de una chica de mi edad. No podía decir que hubiera un detonante que me impulsara a salir al Camino, pero sí era cierto que poco a poco la rutina se iba transformando en una nube espesa a mi alrededor. Era muy tímida, me resultaba difícil hacer nuevas amigas y quizá por eso, la monotonía había empezado a robar color a mis días y mi mundo era cada vez más gris. Sentía que, si no escapaba, el sofá acabaría por engullirme y terminaría mis días sacándole brillo a la cárcel a la que cada día ponía un barrote nuevo. Un sábado en el que mis amigas tenían otros planes, sola en casa, vi uno de esos reportajes en el que aparecían peregrinos exhaustos, con los ojos llenos de luz y la mochila cargada de futuro. No lo pensé dos veces. Tres días después había comprado unas botas y empecé a pasar las tardes buscando información por internet sobre rutas y albergues.

La chica de la recepción mantenía su sonrisa, expectante. Seguro que mi cara denotaba que mi pensamiento hilvanaba una respuesta y no me interrumpió. El paso por Roncesvalles, Pamplona, Logroño, Burgos y León apenas fue un chispazo en mi memoria y mis recuerdos me llevaron a una mañana en Galicia. Había programado hacer la jornada de Pallas de Rei a Arzúa. Después de tantos kilómetros, Santiago parecía cercano y soñaba con ver pronto las agujas de la catedral desde el Monte do Gozo. Una vez más, el Camino se encargó de desbaratar mis planes y darme otra lección de vida. La mañana se había presentado muy húmeda, con ese tiempo tan gallego a medio camino entre la lluvia fina y la niebla espesa. Me pertreché bien con mi chubasquero, me ajusté el correa de la mochila y salí a la boira. Como muchas otras mañanas, maldije mi timidez. En el albergue coincidí con chicas de mi edad, igual que había pasado en otras ocasiones. Las saludé y me hubiera gustado comentar con ellas mis impresiones del Camino, pero fui incapaz de decir más que hola, así que no tuve a nadie con quien compartir la jornada.

El tiempo cambió poco después de salir del albergue. La niebla espesa se tornó en aguacero y el suelo pasó a ser a veces un barrizal en el que se hundían las botas y otras una pista de patinaje donde el verdín se había apoderado de las piedras lisas. El chubasquero impedía transpirar y poco a poco toda mi ropa se fue mojando con una mezcla de sudor y lluvia que entraba por las aberturas. Me asfixiaba en las cuevas con el pelo pegado en mi cara. Me sentí al límite de mis fuerzas, me sentí sola y empecé a perderle el sentido a la peregrinación. Por dos veces estuve a punto de perder el equilibrio y a la tercera, mi pie resbaló y caí en un charco de líquenes y lodo. Afortunadamente, nadie me vio. Me levanté como pude, con más daño en mi amor propio que en mis huesos. No sabía qué hacer, me sentía extraviada y sola en la tormenta. Al entrar en Furelos, vi que la puerta de la iglesia estaba abierta. Me pareció un buen lugar donde guarecerme. Estaba desierta y yo necesitaba descansar. Pensé que era poco educado sentarme en un banco con mis pantalones llenos de barro, así que decidí acomodarme en el suelo. En ese momento, sola, empapada y derrotada rompí a llorar. Me preguntaba qué hacía allí, a cientos de kilómetros de mi casa, calada hasta los huesos, hundida y abandonada... pero lo peor era que del mismo modo que el agua había atravesado mis ropas, la pregunta había traspasado mi piel y llegado a mis huesos. No sólo era qué estaba haciendo en el Camino, la verdadera pregunta era qué estaba haciendo con mi vida... y no encontraba una respuesta.

Entonces vi la talla del Cristo. Debo decir que no soy una persona religiosa. Una de mis amigas sí es creyente y en nuestras conversaciones siempre reina el respeto. Yo nunca había visto una escultura así y debo decir que la forma en que el artista había representado a Jesús me impresionó. La mano izquierda estaba clavada en la cruz, pero la derecha estaba tendida hacia abajo. Desde el suelo, donde estaba sentada, parecía tendida hacia mí. No lo puedo explicar. No fue una experiencia mística, ni nada sobrenatural, pero me quedé unos segundos mirando esa mano tendida y al cabo de ese tiempo decidí ponerme en pie y seguir mi Camino. Limpié las manchas de barro donde había estado

sentada, cargué con mi mochila y respiré profundo. La tormenta había dado una tregua y en Melide paré a tomar un café que me ayudó a recomponer el ánimo.

Seguí en dirección a Arzúa con buen ritmo, pero las nubes volvieron a agruparse y la lluvia retornó con furia. Tenía el viento en contra y cada paso era un esfuerzo titánico. No había nadie. Seguí avanzando en mitad del aguacero cuando descubrí a otro peregrino unos cien metros delante de mí. Como en otras ocasiones, sabía que, si era chica, no sería capaz de decir más que un breve saludo y si era chico, ni siquiera me atrevería a dirigirle la palabra, pero me reconfortó saber que no era la única que luchaba contra los elementos.

La distancia con el peregrino se iba acortando a medida que pasaba el tiempo. Los dos empleábamos todas nuestras fuerzas contra el viento y la lluvia, pero el peregrino avanzaba más despacio. Apenas nos separaban unos veinte metros cuando vi cómo pisaba en falso y caía al suelo. El corazón se me puso a mil. Tuve un impulso instintivo de ayudarlo, pero mi timidez era un muro demasiado difícil de franquear. Además, era un chico. Si hubiera sido una chica, habría sido más fácil. Me quedé petrificada, sin saber qué hacer. Finalmente, decidí acercarme poco a poco. Cuando llegué a su altura, sin decir nada, le tendí mi mano derecha para ayudarlo a levantarse y sólo en ese momento me di cuenta de que mi gesto era idéntico al del Cristo de Furelos. El chico tardó en reaccionar. Tenía las gafas de pasta llenas de gotas de lluvia y quizás no me veía con claridad, pero igual no esperaba encontrarse con nadie y se sorprendió al verme allí. Tras unos instantes de indecisión, aceptó mi ayuda, tomó mi mano y con el esfuerzo de ambos consiguió levantarse.

- Gracias –dijo con una sonrisa-.

Noté que el chico se ruborizaba un poco. Entendí rápidamente que quizá también él era tímido. Estuvimos unos segundos en silencio, uno frente al otro, bajo la lluvia.

- ¿Vas para Arzúa? –preguntó sin más-.

- Sí –respondí-.

El chico se llamaba Juan. Caminamos juntos hasta Santiago y tenía una conversación muy interesante. Aquel día se quedó esperando fuera de la Oficina del Peregrino. Decía que conocía el mejor sitio de Santiago para comer berberechos al vapor y quería invitarme a comer, para celebrar que habíamos terminado nuestra peregrinación. Yo no los había comido nunca y no sabía si me gustarían, pero decidí atreverme a probarlos, igual que a tantas otras cosas en este Camino.

La chica de la recepción me miraba expectante. Ante mi falta de respuesta, me propuso alternativas.

- ¿Has hecho el Camino por motivos religiosos, deportivos, turísticos...?

Rechacé rápidamente esas opciones. Ninguna me cuadraba completamente. El gesto de la chica era amable, pero entendí que no podía demorar más mi respuesta.

- Bien... -mis palabras se agolpaban en mi cabeza, los sentimientos en mi corazón- ...creo que el Camino me ha ayudado a descubrir de lo que soy capaz. A superar mi timidez y a descubrir realmente quien había debajo de una montaña de complejos... Y me ha gustado encontrarme a mí misma. Sí, creo que ese ha sido el objeto de mi peregrinación...

La chica de la recepción me lanzó una mirada de satisfacción y su sonrisa se amplió de oreja a oreja.

- Aquí tienes tu Compostela -me dijo tras anotar mis datos-. Bienvenida a Santiago, peregrina.

Yo también sonreí y guardé mi Compostela como un tesoro. Le di las gracias y me dispuse a salir de la Oficina del Peregrino. Los mejores berberechos al vapor de Santiago me esperaban.

*Martel*